

# Campeche: un poco de historia\*\*

Los campechanos que siempre han vivido frente al mar, los que a la playa van a buscar el fresco de la brisa, a contemplar las puestas de sol o a recorrer el malecón desde San Román hasta San Francisco, conocen los sucesos históricos ahí acontecidos.

Desde los últimos tiempos de la civilización maya, esta franja de playa fue asiento de reducidas aldeas pescadoras que pertenecían a la provincia de Ah-Kin-Pech, es decir, del “Sacerdote del Sol llamado Garrapata”, cuyo núcleo más importante estaba en la parte que luego se llamó San Francisco Campechuelo. El 22 de marzo de 1517, día de San Lázaro, las velas de los galeones de Francisco Hernández de Córdoba se dejaron ver frente al poblado indígena, en el cual desembarcaron para oír misa y reabastecerse de agua en “El Pocito”.

Aquel acontecimiento es relatado por fray Bartolomé de las Casas:

A través de un velo de bruma se distinguió la línea luminosa de la costa y a medida que se acercaron fueron viendo el caserío: unas tres mil casas y una vegetación rica y exuberante. Así parecía desde el mar, pero cuando se fueron acercando, vieron un adoratorio de cal y canto con una torre cuadrada de cantería muy blanqueada, con gradas y en la pared, figuras de serpientes y otras alimañas. En el fondo del altar había un ídolo con dos leones grandes, salpicados de sangre y más abajo una serpiente de 40 pies de largo, que tragaba un fiero león. Todo era de piedra muy bien labrada.

En 1531 el adelantado Francisco de Montejo fundó, en compañía del alférez Gonzalo Nieto y unos cuantos españoles, el pueblo de Salamanca de Campeche que era, más bien, un campamento militar. Sin embargo, cuenta Diego López de Cogolludo, “viendo los indios que los españoles que quedaban en Campeche no eran más de 40 de a pie y diez de a caba-

\*Investigador emérito del INAH (1920-2001).

\*\* Artículo publicado en la revista *Artes de México*, núm. 46 de 1999, y reproducido con autorización de los editores de la misma.



llo, se juntó gran multitud de ellos y dieron en el real de los nuestros, que se vieron en gravísimo peligro”.

Se libró entonces la famosa batalla de San Bernabé entre los conquistadores y los mayas de las provincias de Ah-Kin-Pech, de la cual dice Pedro Álvarez:

...estando seguros los indios naturales de la provincia de Acanul e de todas las otras provincias comarcanas dieron de guerra sobre la que estaba poblada en Campeche [...] que fue día de San Bernabé, y en memoria de haberse hallado los cristianos en tanto peligro y haber alcanzado tan grande victoria, juraron cada año un día de San Bernabé sacar su pendón en procesión general [...].

Hacia 1535, sin embargo, la situación de los colonizadores no era muy halagüeña, según narra López de Cogolludo:

...los españoles que estaban en Campeche, padecían muchos trabajos y falta de sustento, con que casi todos enfermaron, y su capitán Gonzalo Nieto no tenía con qué sustentarlos [...]. Llegaron a quedar sólo cinco soldados y el capitán [por lo que] hubieron los españoles de desampararla totalmente, aunque con ánimo de volver más de propósito a su conquista, siendo a la sazón alcalde de Campeche el capitán Nieto.

### El nacimiento de la ciudad

Cinco años después, el 4 de octubre de 1540, Francisco de Montejo, *el Mozo*, hijo del Adelantado, fundó legalmente la Villa y el Puerto de San Francisco de Campeche, situados como a un kilómetro de distancia del poblado maya, conocido como San Francisco Campechuelo. Allí Montejo repartió solares a sus acompañantes, señaló el lugar para la plaza y destinó los espacios a los edificios más importantes por construirse.

Campeche tiene el trazo en cuadrícula, es decir, con sus calles “derechas e traviesas” como un damero o tablero de ajedrez. Uno de sus cuadros, próximos al mar, está ocupado por la plaza, en torno a la cual se alinearon los edificios que daban legitimidad a los poderes del conquistador: la iglesia parroquial o catedral, el cabildo, la aduana, la atarazana y las casas de los colonizadores.

Si bien el trazo ortogonal y la cuadrícula son rasgos urbanos que pudieron haber venido con los españoles, el concepto de la plaza como eje o principio urbanístico, de donde parten o convergen la calles, es, como dice Miguel Rojas Mix, “el elemento más característico de las ciudades coloniales de América, y aquí alcanzaron la significación y tipicidad histórica que la hicieron paradigma de todas las ciudades españolas posteriores a 1573”.

Así, en el viejo plano de Nicolás Cardona, realizado hacia los comienzos del siglo XVII, vemos, aunque muy esquemáticamente, el trazado regular de unas cuantas



Título de ciudad otorgado por el rey Carlos III de España, el 1 de octubre de 1777.



Muralla y Puerta de Tierra, ca. 1898. Fototeca Nacional del INAH.

calles, con sus ringleras de casas; un edificio religioso cerca de la playa (tal vez la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción) y un gran espacio baldío (tal vez la plaza) con una sola hilera de casas en el lado sur. Hacia el extremo noreste hay otro templo con su casa anexa (quizá San Juan de Dios y el Hospital). La distancia entre la parroquia y el hospital cubre la superficie de unas doce cuadras o manzanas, casas y lotes baldíos que pudieron ser solares. También se observa la Fuerza de San Benito junto a la playa, representada como un torreón o casa fuerte, coronado de merlones; así como las embarcaciones frente a la pescadería. No aparece ni San Román ni San Francisco.

#### Tiempos de la piratería

El siglo XVII se distinguió por las incursiones y aventuras de piratas y corsarios. François Leclerc o Pata de palo y el Diego el Mulato, así como Cornelius Holz atacaron Campeche en 1633; Jacob Jackson en 1644; Henry Morgan en 1661; Myngs y Morgan, Mansvelt y Bartolomé Portugués lo hicieron en 1663; Rock Brasiliano y L'Olonés en 1665; Brasiliano o Brasileño volvió en 1670; Luarent Graff en 1672; Lewis Scott en 1678; Lorencillo regresó en 1685; Dempster en 1688. En ese mismo siglo, en 1611, para la defensa contra todos ellos se inició la construcción del recinto amurallado.

En 1704 se terminó la muralla de Campeche, la cual detuvo el ataque de Barbillas en 1708. Los campechanos se volvieron expertos en la marinería: capitanes, contra maestres, maestros de velamen, veleros, carpinteros, tripulantes; de sus astilleros salieron a la mar La Guadalupe, El Blandón, El Victorioso y muchos navíos más de gran calado, que pusieron en alto la pericia de los carpinteros de ribera. La vida crecía, los edificios se multiplicaban y, en 1777, el rey de España concedió el título de Ciudad de San Francisco de Campeche.

En 1685 la villa sufrió el más cruel ataque pirático, encabezado por Lorencillo y Agrammont. Se sabe que desde la Plaza Mayor y una serie de trincheras en torno a ella se trató de repeler a los piratas; también se habla de la Con-

taduría que tenía una torre que daba la hora; de la Audiencia; del Castillo de San Carlos; de la cárcel; de las casas de doña Melchora Maldonado y de Ana Valdés; así como de la parroquia en construcción, donde se refugiaron muchas mujeres y niños que, según Pérez Martínez, pudieron escapar por un pasadizo que partía del presbiterio y terminaba en el cerro de La Eminencia.

#### Campeche independiente

Consumada la Independencia, en 1821, la ciudad de Campeche proclamó su adhesión a México, rompiendo así los lazos que la ataban a la vieja metrópoli de ultramar. Años después, en 1857, se pronunció contra el gobierno de Yucatán, del cual dependía. De dicho pronunciamiento, encabezado por don Pablo García en 1858, surgió el estado de Campeche, mismo que fue ratificado por el presidente Benito Juárez en 1863.

#### La Plaza

En la Colonia, la Plaza Mayor o Plaza de Armas tenía el carácter de campamento militar fortificado, sello de toda nueva fundación en América. Se concebía espaciosa pues, como dice Luis Weckmann, tenía la función política de ser el sitio donde se hacían los alardes y los ejercicios militares que contribuían a mantener en

paz a los indígenas; era el lugar donde se celebraban las festividades y torneos impuestos por el espíritu de la época. También era el núcleo de la vida cívica, el eje por donde circulaba la actividad de la ciudad, y el centro del poder político y religioso.

De hecho, los modestos orígenes de nuestra plaza se remontan a 1531, cuando Gonzalo Nieto y sus soldados juraron pasear por ella el pendón (o estandarte real) cada día de San Bernabé. En esta procesión participaba la nobleza —que iba a caballo—, el capitán general, el cabildo, los oficiales reales y los vecinos principales.

Estaba, además, la presentación de armas que cada año realizaban las compañías de soldados y los encomenderos, así como el escuadrón de caballería guarnecida, escaramuceando con sus lanzas y carabinas, o haciendo diversos ejercicios militares. Comenta López de Cogolludo: “Cierto es de ver este día, porque procuran salir oficiales y soldados lo más lúcido y galanes que les es posible.”

En la misma plaza, donde siempre ha latido el pulso de lo cotidiano, podía verse también al aguador con su pipa de madera en una carreta jalada por una paciente mula; al carbonero con su calzón de manta enrollado en la rodilla llevando un gran costal a la espalda o sobre los lomos de los burros. Y desde luego, a arrieros y jinetes, así como a cocheros a bordo de volantas o calesas. Por la plaza cruzaban las mujeres de mantilla y devocionario rumbo a la parroquia; los empleados que puntuales acudían a la aduana o al cabildo; los comerciantes que se dirigían a su almacén; los

vendedores ambulantes que pregonaban su mercancía de camino al mercado.

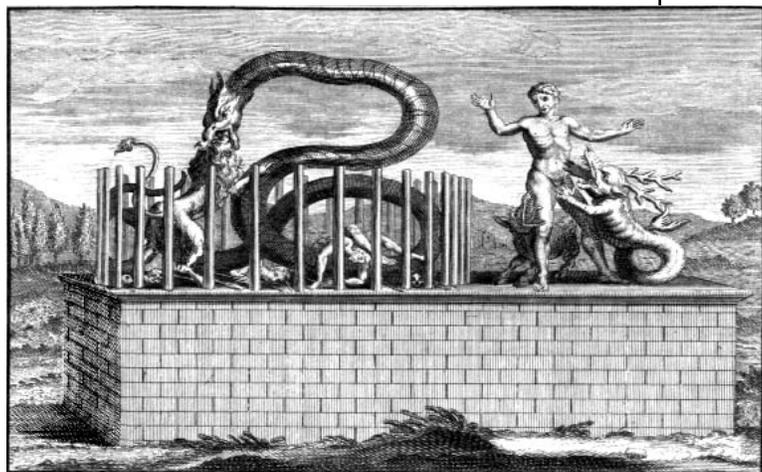
La Plaza de Armas, como otras, tenía una pila para abastecer de agua a los vecinos y un rollo o picota —una columna de piedra o de otro material— a cuyo pie los reos eran castigados cruelmente. Esta última fue destruida en 1813, a raíz de los vaivenes políticos de la Independencia. Con ello también cambió el nombre de la Plaza Mayor por el de Plaza de la Constitución. En 1829 la lápida que le daba tal designación fue sustituida con otra con la inscripción: “Plaza de la Independencia. Año de 1821”. También en 1813 se quitaron las argollas que estaban en la galería baja de la sala capitular del Palacio del Ayuntamiento, donde se sujetaba a los reos. En 1821, por cierto, ya no se habla del Palacio del Ayuntamiento sino del Palacio Municipal. Al año siguiente se inauguró el alumbrado de la ciudad con 37 faroles —encendidos muy probablemente con velas de la famosa cera de Campeche— que debían prenderse al punto de la oración, o sea, al ponerse el sol.

Hacia 1858, nos dice Francisco Álvarez, el espacio que ocupaba la plaza estaba cubierto de plantas silvestres y abrojos. Un día, Pedro Baranda, comandante general, presentó el plano de un jardín al gobernador Pablo García, quien examinó el proyecto y, junto con el maestro alarife Solís Espinosa, se dirigió al centro de la plaza. Tras pedir que se quitaran las yerbas, procedieron a trazar las calles, arriates y asientos del futuro jardín.

Al día siguiente se comenzaron a levantar los pretiles, pero el trabajo tuvo que suspenderse por las con-



Últimas casas del Barrio de San Román. Postal de 1913.



*Idoles de Campeche et de Iucatan*, grabado de B. Picart (1734).

vulsiones políticas. El jardín se terminó en 1870. Su enverjado se fundió en los talleres de La Aurora, herrería ubicada en el barrio de San Román. Las puertas vinieron de Nueva York, hechas sobre un diseño de Manuel F. Rojas. Se plantaron flores y árboles de ornato; el piso estaba embaldosado. Las bancas lucían el colorido de los azulejos. En 1865 paseó por dicho jardín la emperatriz Carlota Amalia y, bajo palio, entró a la catedral a oír misa. Un año después también pasó por la ciudad el ilustre viajero Désiré Charnay en busca de antigüedades.

Hacia 1880, Pedro F. Rivas describe así la plaza:

...era un recinto cerrado con artística reja. Tenía tres calles o “vueltas”: la chica que corría alrededor de la gloria central en que había una artística fuente; la segunda o mediana que estaba limitada hacia adentro por unos arriates con rosas, claveles y otras plantas floridas de poca altura, y por macizos de plantas hacia el exterior; y la “última vuelta”, la más grande, que quedaba entre los macizos y la verja de hierro fundido que tenía puertas en las esquinas y en la parte media, sostenidas por pilastras de mampostería. La primera era frecuentada por los chicos y gente grande; la segunda por los jóvenes que en día de retreta (dos a la semana) paseaban por ella formando dos corrientes: las señoritas hacia fuera y los hombres hacia adentro; y la última para el pueblo en los días de retreta. Los setos de vegetación estaban sembrados de limonarias

y lirios cuyo olor perfumaba el ambiente. La última vuelta tenía también unos bancos de azulejos hispano-árabes, y se alumbraba discretamente con faroles de petróleo, que eran parte del alumbrado público. En ellos se hacían las tertulias de políticos e intelectuales.

En 1897 la plaza tenía a su alrededor la Catedral, la Aduana Marítima, el Palacio Municipal, el Palacio de Gobierno, la Gendarmaría, el mercado y todas las casas que hasta hoy existen. En ese año se colocaron juegos de agua y tubería en toda la circunferencia de la plaza para facilitar el riego interior del paseo y las calles laterales.

En 1906 el poeta Luis G. Urbina, de visita en la ciudad, escribió:

Casi toda la plaza [...] está ocupada por el jardín, en cuyos camellones, que acotan alambrados y bancos de piedra, se desbordan las copas de arbustos, rígidos follajes y flexibles ramas de plantas tropicales [...]. Por entre estos verdes, como por entre una cabellera, asoman las vívidas estrellas de gran ruborosa de los tulipanes [...]. Las calzadas curvas y rectas del jardín están pavimentadas con un tablero de casillas rojas y azulosas, y en la rotonda central, enlozada de mármol blanco y negro, se yerguen, superpuestas, las tazas labradas de una fuente [...]. Sobre sus columnas de hierro pintado, los faroles públicos chorrean oro encendido. [Llega el mediodía] en esta hora no pasa un transeúnte por la plaza ni bajo los portales fronteros que la cierran por un lado y otro.

Nuestra plaza —Plaza de Armas, Plaza Mayor, Plaza de la Constitución, Plaza de la Independencia y Plaza Principal— se inició modestamente, pero con la idea, como decía José Vasconcelos: “de la fiesta barroca de las arcadas en trono a ella, y de los campanarios que evocan alegrías celestes sobre los pórticos de columnas con nichos de estatuas, y ventanales luminosos”.

Ha sido el núcleo de la vida cívica del campechano porque en torno de ella se hizo el reparto de solares a los conquistadores, y la villa y ciudad fue haciéndose adulta; porque ahí se consagra a los héroes y se despide a los muertos; porque ahí se celebra la Nochebuena y

la Semana Santa, el mitin exaltado, la protesta y la serenata dominguera. Ha sido siempre la síntesis de los campechanos, su eje, la cuerda de unión que, a semejanza del cordón de San Francisco que orla su escudo, ha servido de lazo a los habitantes de esta antigua y señorial ciudad.

#### La iglesia de San José

Esta iglesia (donde me bautizaron) fue el nexo entre el Instituto Campechano y la Escuela Prevocacional, porque en ese tiempo su reducido atrio (lleno de pasto y hierbas) servía para matar el tiempo con ciertos juegos, para comprar golosinas en los puestos de vendedores ocasionales, para ver pasar a las muchachas del plantel y lanzarles piropos, así como para dirimir a puñetazos cualquier problema.

La iglesia de San José tiene una portada formada por tres cuerpos superpuestos. El primero lo ocupa una amplia puerta con cerramiento pentagonal y marco de cantería, todo ello encuadrado con columnas apareadas con pedestal, de base átrica, fuste estriado y capitel dórico. El segundo cuerpo tiene un entablamento del mismo orden arquitectónico que el de las columnas, con arquitrabe, friso, escudo dentro de un medallón, dos columnas de cada lado y un ojo de buey ochavado en el que hay una pequeña escultura, tal vez del santo patrono.

El tercer cuerpo es a manera de un frontón con remates escalonados; toda la fachada está decorada con azulejos, formando varios diseños. En conjunto, la portada es de estilo plateresco y guarda reminiscencias hispano-árabes. La iglesia tiene una torre y una sola nave. La torre, cuadrada, tenía dos cuerpos parecidos a los de la catedral, pero hoy sólo conserva uno. La nave, con techo de bóveda de cañón, forma en su último tramo el crucero con cúpula sobre tambor y remata en una linternilla. Al lado opuesto de la torre se construyó posteriormente una torrecilla para instalar el faro de la ciudad.

En 1914 la Jefatura de Armas redujo a prisión a todos los sacerdotes vecinados en la ciudad, clausuró los

templos de culto católico y selló todas sus puertas. También se cerraron los colegios maristas y los del clero. Tres días después de cerrados los templos, nos dice Álvarez, fue desocupado el de San José, trasladándose a la catedral todos los cuadros, imágenes, esculturas y ornamentos, por haberse destinado para establecer en él la biblioteca del Instituto Campechano.

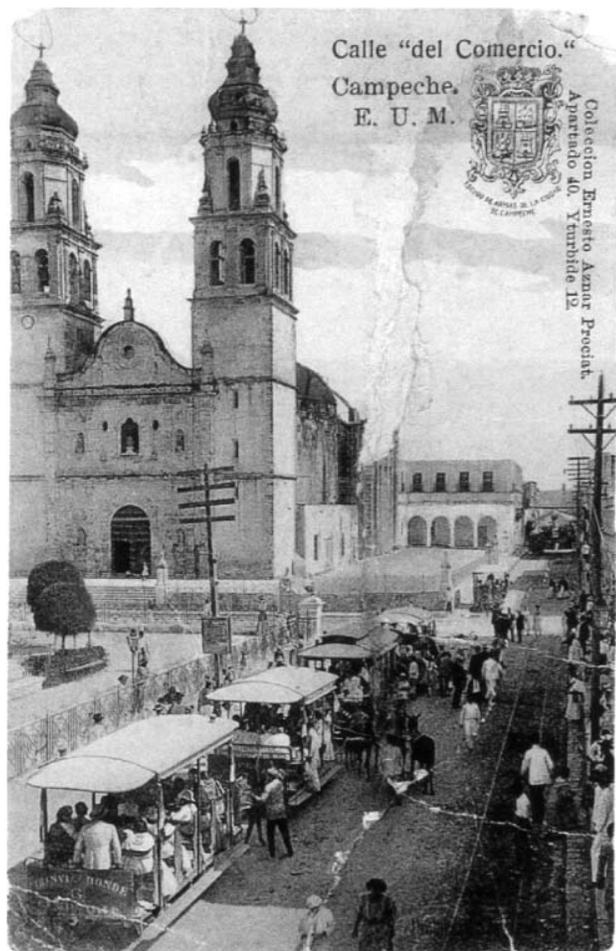
Al bajar las campanas de la torre, la mayor rompió parte de la cornisa de piedra del primer cuerpo. La campana lleva la fecha de 1800. El templo —inaugurado en 1809, cuando el arquitecto catalán Santiago Cas-teillo concluyó de cerrar la cúpula de la media naranja (crucero)— prestó servicio 105 años. El campanario estaba en el segundo cuerpo.



Grabado a partir de un dibujo de D. Pérez Piña.

#### La plazuela de San Juan de Dios

Me gustaba caminar por la ciudad. Unas veces bajaba por el callejón de la escuela hasta el cuartel federal y de ahí me dirigía al Parque de los Repollos o seguía por la calle de la Muralla (hoy calle 8), para pasar por los palacios Municipal y de Gobierno, continuar hacia el mercado y terminar hacia el Baluarte de Santiago y la Maestranza de Artillería, cuyas piedras amarillentas de sus paredones en ruinas nos transportaban a otros tiempos. Así, ya avanzada la Colonia, las casas —unas más altas que otras, con techos de azoteas y tejas rojas traídas de Marsella— se alineaban desde los terrenos de la Maestranza de Artillería hasta los



Calle del Comercio. Postal.

solares baldíos del Hospital e Iglesia de San Juan de Dios.

Al final de esa calle existía, hasta 1626, un pequeño hospital denominado Nuestra Señora de los Remedios. Ese año fray Juan Pobre, comisario general de la orden de San Juan de Dios, envió a tres religiosos hospitalarios y a fray Bartolomé de la Cruz para que se encargaran de su dirección y administración. En 1635, tras ser mejorado en lo general, recibió el nombre de Hospital de San Juan de Dios. En 1675 se concluyó, al lado de la iglesia.

En 1865 llegó, en carretela, la emperatriz Carlota Amalia. Entró por la puerta principal de la iglesia, se arrodilló ante el Sacramento y contempló la imagen del santo patrono. Pasó después a los espaciosos salones de los enfermos de ambos sexos, recorriendo cama por ca-

ma y preguntando a cada uno sobre su estado, sus alimentos, cuántos eran los médicos y los empleados, todo ello para conocer la situación del hospital. También hizo una donación de 1 500 pesos para construir un anfiteatro, un aljibe y un departamento para enajenados que debía estar contiguo y bajo la dirección del hospital. Para ello se compraron tres casas junto a la enfermería de mujeres y el hospital se extendió hasta ocupar la manzana completa.

### La Catedral

Al igual que la plaza, los inicios de la Catedral fueron muy modestos. En 1540 Francisco de Montejo, *el Mozo*, mandó construir una iglesia parroquial dedicada a la Purísima Concepción, la cual pudo haber sido de cal y canto con techo de palma y pequeña, pues en 1639 Francisco Cárdenas Valencia anota que:

...la Villa y Puerto de San Francisco de Campeche dista de la ciudad de Mérida 33 leguas y es este lugar de hasta 300 vecinos, cuya fundación en sus principios fue de sólo 30 conquistadores que por ser tan poco el número, edificaron la iglesia parroquial que hoy tienen tan pequeña [...] tenía dos curas beneficiarios que administraban por igual a los feligreses, los cuales serán en número de 2 700 personas de todas las edades, así de españoles como de mestizos, mulatos, negros e indios naborios [...] [y con] una capellanía fundada con 8 000 pesos por el capitán don Íñigo Doca.

La ubicación de esta iglesia parroquial no puede precisarse porque en el plano de Cardona, de 1632, se ve como en perspectiva desde el mar y parece estar más cerca de la playa y la plaza, próxima a un edificio que puede ser el fuerte de El Bonete o Fuerza Vieja. Allí se observa que debió haber tenido una fachada sencilla, con espadaña, y una torre pequeña al final de la nave. Tampoco conocemos la fecha en que dejó de prestar sus servicios, pero sí sabemos por López de Cogolludo que hacia 1650 esta iglesia “por ser tan corta [tuvo que ser sustituida por] otra muy capaz, y aunque se hizo gran parte de ella, ha muchos años que cesó la obra”.

Así, parece que la iglesia parroquial se inició en

1541 y se terminó en 1580, y que en 1639 y 1650 se comenzó la construcción de otra de mayor tamaño, que es la ahora llamada Catedral. Al respecto, Preciat señala que

...con donativos de la rica propietaria, doña Margarita Guerra se continuó la obra, habiendo celebrado la bendición de ella el obispo fray Pedro Reyes Ríos de Lamadrid, el 14 de julio de 1705 [...]. Sin embargo, no estaba terminada del todo [pues] le faltaban las torres. [...] Cincuenta y tres años después, siendo cura y mayordomo de fábrica el presbítero don Manuel José de Nájera, se dio a la iglesia la extensión que tiene; se le hizo la torre del mar [...] colocándose en ella las campanas, que antes pendían de un campanario que ocupaba el centro de la fachada; se colocó el primer reloj público y un hermoso y bien labrado escudo español en el centro del frontispicio, el cual fue mandado destruir después de la Independencia y luego barrenado para poner la carátula del reloj municipal.

Los trabajos se realizaron de 1758 a 1760 y, en 1835, el obispo de Yucatán, don José María Guerra,

nativo de Campeche, consagró con gran solemnidad la parroquia.

#### Calles y esquinas

La vida de la ciudad se halla ligada a las calles y a las esquinas. Hacia 1685 las primeras se conocían por alguna de las personas que en ella residían: la calle del Capitán Gaspar Fernández, la Derecha, la de Bayona, la de Julio Tello y, unos cien años después, la calle Martell y la de Arreola que, partiendo del costado poniente de la Plaza de Armas, iban hacia el sur y el norte, respectivamente. También así se denominaban las esquinas: de Doña María de Ugarte, del Ayudante Pinto, de Fernando Sánchez y de Josefa Román. En 1872, una comisión puso nombre a las calles del centro de la ciudad, pero en 1912 se cambiaron por números. Las calles perpendiculares (de norte a sur) se designaron: calle de la Muralla (8), del Comercio (10), de Colón (12), de Moctezuma (14) y de Morelos (16). Las transversales (de oriente a poniente) se nombraron: calle de Toro



Parque y palacio de gobierno.



Campeche, grabado en cobre de Carlos Allard (1698).

(51), de Iturbide (53), de la Independencia (55), de Hidalgo (57), de la América (59), de la Paz (61), de Zaragoza (63) y de la Reforma (65).

Las esquinas se fueron bautizando con nombres que perpetuaban sucesos, cosas, animales y comercios; así surgieron la esquina del Brazo Fuerte, del Elefante, del Gallo, del Toro, de la Estrella, del Acero, del Gran Poder, del Rosal, la Punta del Diamante... Y los callejones: de la Cruz del Cabrero, del Pirata, de la Japonesa, del Cocal, de Monte Cristo, del Bambuco.

#### Las casas

Las casas de la Colonia, con sus rojos tejados de barro cocido venido de Marsella, o de mampostería con uno o dos pisos y techos de azoteas, reflejaban la influencia mudéjar en las ventanas de madera con barrotes torneados y postigos con barandales; en las escaleras, puertas y ventanas con entablados de celosía y, desde luego, en el mobiliario: bancas, mesas, arcones, camas, biombos, sillas, cómodas, bufetillo, roperos y otros más, a veces con incrustaciones de hueso, marfil o carey.

Tras los portones claveteados y los penumbrosos zaguanes, se adivinan los patios cubiertos de baldosas o de ladrillos rojos, enredaderas y pájaros cantores que revolotean en jaulas por los corredores con arcadas.

Las casas, dice Jean-Frédéric Waldeck en 1834:

...son todas habitadas por una familia o un solo individuo. Las que se alquilan cuestan al mes, según su magnitud, desde diez hasta 50 pesos. Estas últimas tienen tiendas y almacenes propios para el comercio. Todas poseen pozos, patios, y contienen desde seis hasta doce piezas, generalmente de un piso y al mismo nivel. Las cocinas son espaciosas y cómodas; no se quema allí más que carbón en hornillas a la francesa.

Y agrega: “No hay más agua potable en Campeche que la que contienen las cisternas de las casas particulares. La que venden en las calles viene de los pozos de afuera y se transporta sobre carretas. Dos barrilitos cuestan un medio, la más pequeña moneda de plata”.

A eso del mediodía algunos parroquianos comenzaban a llegar a las tabernas para “hacer la mañana”, aunque ésta solía durar hasta la hora de dormir. Hacia las dos de la tarde, la plaza y las calles quedaban desiertas, era raro ver un alma. Los comercios cerraban sus puertas; después de la comida, los criollos y la gente del pueblo dormían la siesta. Unas horas más tarde todo mundo despertaba, se bañaba y vestía, volviendo la animación.

A las ocho en punto sonaba la campana de la parroquia y todos —a pie o a caballo se detenían— los hombres se quitaban el sombrero y las mujeres se arrodillaban. El centinela del cuerpo de guardias presentaba armas y los soldados se santiguaban. A las nueve o diez se oía el toque de queda, hora de volver a los hogares.

#### El mercado

La carnicería, que se volvió mercado, estaba ubicada cerca del patio de la antigua atarazana, construcción

que lo mismo servía como dársena para barcos que como arsenal, almacén y, ocasionalmente, de cárcel. Después de este patio seguía un terreno baldío y enseguida el espacio ocupado por el mercado que, según Álvarez, hacia 1818 era una galería o portal con mesas de carne de res y de puerco, así como plaza de verduras.

En 1873 se construyó la galería con techo de teja; al año siguiente se enladrilló el piso y en 1875 se inauguraron las obras del mercado público que, para 1880, era un amplio corredor con arcos de vigas y azoteas. En un portal se vendía carne de res y cerdo; otro corredor se destinaba al expendio de pescados fritos, asados y salados, pues la venta de mariscos frescos se hacía entonces en el muelle fiscal; y en otro estaban los puestos de frutas de mayor tamaño, como sandías, melones, piñas y caña de azúcar. Se expendían las legumbres en mesas que las vendedoras alquilaban junto con bancos para sentarse. Este viejo mercado todavía resistió el fin de siglo, antes de que se pensara en construir uno nuevo en los terrenos que ocupaba la Maestranza.

#### El Cristo negro de San Román

Los mexicas que acompañaron a Francisco de Montejo, *el Mozo*, en la conquista de Campeche se establecieron, desde la fundación de la villa, en el lugar que sería el barrio de San Román, cuyo nombre se debe a la ermita concluida en 1563 y que adoptó a San Román mártir como santo patrono. Para entonces el barrio era de mexicas y marinos, pero la historia no cuenta quiénes decidieron tener en la ermita una imagen de Cristo crucificado, negro. Sobre el particular hay que recordar que los mexicas adoraban a Tezcatlipoca, el “dios negro de la guerra”, cuyo culto los españoles trataron de erradicar, cambiando la imagen nativa por la de Cristo que tuvo que ser negro para su aceptación. Así, en muchos lugares de México en donde hubo grupos



Grabado en cobre de San Francisco Campeche, tomado de Ioannes de Lael, *Historie Ofter laerlijck Verhaelten...*, 1644, Leyden.

de guerra mexicanos existe un Cristo negro. Por otra parte, la imaginería religiosa del siglo XVI tuvo su auge en Guatemala, perteneciente a la diócesis de Yucatán, donde se tallaban magistralmente las imágenes de Cristo en ébano.

Como quiera que sea, la historia y la leyenda tejen sus acuerdos. Así, se cuenta que en 1565 se encargó la imagen de Cristo crucificado al comerciante Juan Cano de Coca Gaytán, quien la adquirió en Alvarado, llevándola luego a Veracruz. Se dice que un barco no quiso traer la preciosa carga a Campeche y, en cambio, lo hizo una modesta embarcación. Al salir, sopló un fuerte norte y la nave con el Cristo llegó en 24 horas a su destino; la otra desapareció.

La ermita —que alojó desde entonces la imagen del llamado señor de San Román o Cristo negro de San Román— llegó a tener un convento y se convirtió en destino de procesiones y fiestas que se volvieron tradicionales.

Para nosotros la fiesta de San Román comenzaba (después de la “bajada del Cristo” para ser besado por

los fieles) con la llegada de don Juan Escárrega y sus juegos mecánicos —la Ola, el Carrusel— movidos con máquinas de vapor que se instalaban atrás de las construcciones de la iglesia, en contraesquina de la fonda del Cofre.

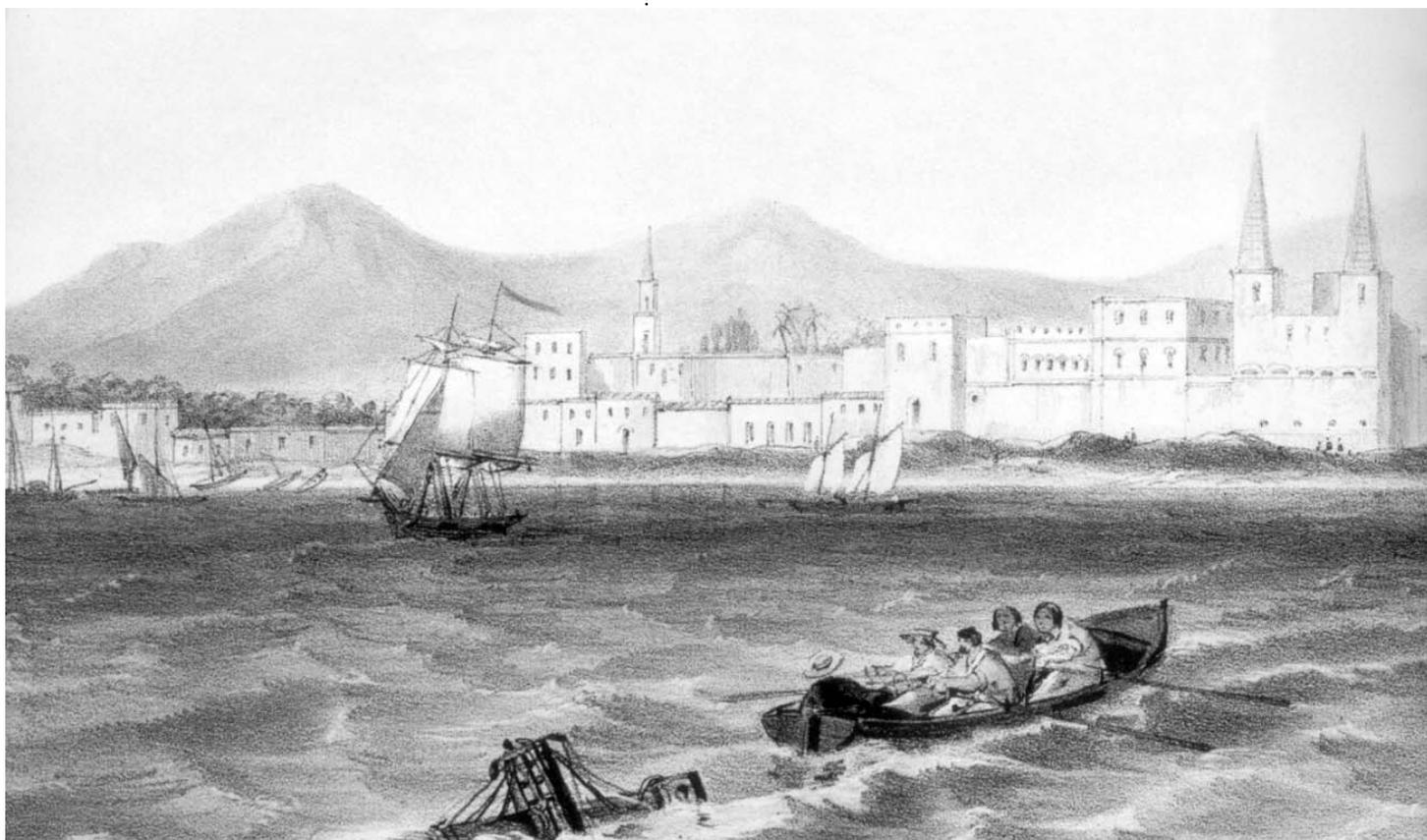
En terrenos próximos a ésta última se construían templete con toldos para las tandas en las que actuaban artistas de Mérida; junto al parque se levantaban con techos de láminas los locales para las loterías campechanas (donde se repartían los premios en mercancías); los salones de cerveza; los puestos de empanadas, panuchos, sandwiches de pavo, tacos de lechón y, desde luego, puestos de naranjas peladas, guayas, pibinales y otras frutas.

Las peregrinaciones de los gremios al amanecer —las alboradas—; las misas, los fuegos de artificio, los voladores o cohetes, la música en el pórtico de la iglesia y en el jardín, y los bailes en la Casa Nevero eran parte de esas fiestas que congregaban a la sociedad campechana.

#### Algunos últimos recuerdos

Muchas imágenes casi se escapan de la memoria: el Matadero viejo, que estaba a dos cuadras del barrio de Guadalupe, a la orilla del mar; el Teatro de la Ciudad; la Maestranza; la Alameda; los carnavales, las corridas de toros; el voltejeo; las peleas de papagayos; el Circo Teatro Renacimiento; el Salón Teatro La Kananga y tantos otros sitios de interés y diversión que a través de los años han hecho amable la vida del campechano.

Y cada generación va disfrutando de las mismas cosas, pero las recuerda de manera distinta. De tal modo que en mi infancia, antes de entrar a la Escuela Industrial a estudiar zapatería, veía cómo en la Plaza Principal se tomaba el tranvía de mulas que corría sobre una angosta vía de rieles, el cual fue pronto sustituido por los camiones; y cómo los laureles de la plaza ofrecían sombra, y descanso las bancas de cemento, aunque desde el anochecer estaba uno expuesto al excremento de las golondrinas.



Ir al portal de Cuauhtémoc era parte de la rutina diaria, a efecto de comprar en los puestos ubicados en los muros que quedaban entre puerta y puerta de la cantina de los Cambranis. Allí se podía adquirir la deliciosa nieve de todos los sabores que producía Fleites; o los dulces regionales que expendía Tabich, desde camote con piña o coco, hasta mazapán de pepita y pasta de guayaba.

Por las calles pasaba la vendedora de fruta con una palangana en la cabeza y una canasta colgada del brazo. Entre los mangos, ciruelas, zapotes y tamarindos, se antojaba darle un beso al caimito, quitarle un nich en la base y quedar pegado a su epidermis, blanca o morada, para absorber luego su pulpa interior. O quitar concha por concha el carapacho del saramuyo para desnudarlos y saborear su deliciosa carne, y mascar las ácidas y verdes grosellas hasta sentir cómo se te llegan a hacer tuxes en el interior de las mejillas.

Pasaba también el aguador cuya pipa tenía una llave por la que sacaba el agua y vendía por medidas he-

chas a manera de cilindros con asas; el pescador con un cesto de bejuco a la cabeza, lleno de pámpanos o de sierras, generalmente con el pantalón enrollado a media pierna y pregonando su mercancía por las calles; y, desde luego, la tortillera con el lek o cesto sobre la cabeza, vestida con saya, rebozo, camisa y chancletas.

El repartidor de leche, que iba con sus lecheras de gruesa hojalata y sus medidas de litro, medio y cuarto, hechas del mismo material; el barquillero con su recipiente que se antojaba un cohete espacial en miniatura, cuya tapa estaba pintada con gajos verdes, rojos o amarillos que tenían números a manera de ruleta, y se colocaba una flecha giratoria que marcaba el número de barquillos ganados en la rifa.

Por último, el panadero que iba de casa en casa con su globo de hojalata en la cabeza que, al ser destapado, dejaba ver las camelias junto a las roscas de agua, las patas, las hojaldras y muchos otros panes que despedían un olor inolvidable.



Campechi, litografía acquarelada de John Phillips o Alfred Rider (1848).